

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, agosto 28 de 1870.

Núm. 152.

SUMARIO.

La novela i sus escollos.—Revista Bibliográfica.—A orillas del Bío-Bío.—Poesías.

LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

I.

La atenta lectura que poco ha hemos tenido ocasión de hacer de las novelitas que se presentaron al certámen abierto por el *Círculo de Colaboradores de La Estrella de Chile* i la imposibilidad en que por la premura del tiempo, se vió el jurado de que tuvimos el honor de formar parte, de fundar su resolución, nos suministran las oportunidad i hasta nos ponen, por decirlo así, en el deber de explicar a los autores de esos trabajos literarios el veredicto pronunciado, entrando en consideraciones generales que puedan ser útiles para los que se sientan llamados a emprenderlos en lo sucesivo.

Persiguiendo este resultado, prescindiremos de comparaciones que serían forzosamente odiosas i de apreciacíones que no puedan tener alguna importancia en sí mismas i abstracción hecha de todo trabajo especial a que pudiera tal vez más directamente aplicarse.

Los defectos que notemos, las peligrosas tendencias que señalemos, los escollos que indiquemos, tendrán sin duda un origen concreto, aunque no siempre único; pero en todo caso procuraremos que el estudio de esos defectos sea provechoso para el mayor número, tomando por punto de partida solo aquellos que se prestan a la deducción de advertencias i consideraciones útiles para los principiantes. No se busque, por consiguiente, en el curso de este artículo ninguna referencia determinada i precisa a

esta o aquella de la novelitas que hemos tenido el gusto de leer i el honor de juzgar, porque se buscaría en vano.

Nuestro propósito no es otro que desenvolver con la claridad i laconismo que nos sea dable ciertas reflexiones sujetadas por el conjunto de las composiciones presentadas, ofreciéndolas a la consideración de los jóvenes que principien a ejercitarse en el arte difícil de las composiciones novelísticas.

II.

Prescindiendo de definiciones i de reglas que es fácil encontrar en cualquier tratado de Literatura i en las cuales casi nunca encuentra el principiante una luz que lo guie ni una mano que lo levante, entraremos sin rodeos en el terreno de la práctica, notaremos atentamente los escollos en que va a estrellarse el mayor número i consultando la experiencia propia i la experiencia ajena, procuraremos hacer más cómoda i segura la jornada a los que en lo sucesivo se sientan tentados a emprenderla.

La novela i la poesía son las dos alas con que el hombre atraviesa ordinariamente ese espacio tan lleno de encantos i peligros que media entre los límites de la niñez i de la edad madura. En esa época decisiva de la existencia, el hombre se siente como sofocado por su propia savia, embriagado i casi podría decirse atormentado por el desbordamiento de su vida, por el revuelto oleaje de sus impetuosos arrebatos.

Como el gran río de los ejípcios, el hombre tiene una época en que sale de madre: como ese río todavía, sale de madre para destruir i para fecundizar.

Al adolescente el paso ordinario de la existencia no le basta. La lentitud de la marcha le fastidia; i hélo ahí que corre sin dignarse siquiera echar ántes una mirada sobre el terreno que van a hollar sus piés. Corre, corre; pero la carrera más rápida es siempre una carrera sujeta a las sinuosas

tos públicos i particulares, bancos, escuelas, colegios, templos, empresas, oficinas fiscales.—1 vol. in 8.^o de 39 páj.—Imprenta *Litográfica*.

Hé aquí una novedad.—Esta publicacion viene a llenar una verdadera necesidad entre nosotros. Los extranjeros, el comercio, las familias i el correo urbano hacen con ella una utilísima adquisicion.

La hemos examinado mui a la ligera i así hemos podido notar muchos errores, que, no lo duden los editores del *Guia*, habrá pocos que soliciten su corrección mandando el pago de veinte centavos. La empresa misma debe verificar con esmero los domicilios i aun los nombres i oficio de las personas, que hemos visto equivocados.

Poca claridad encontramos en el *Guia*. Seríamos de parecer que se destinara una sección especial a las oficinas públicas del orden administrativo i judicial i otra para las de empresas particulares.

Con mas claridad, mas exactitud i sobre todo con buena impresion, porque (sea dicho de paso) la que tiene es pésima, el *Guia* sería una publicacion mui útil para el vecindario i un buen negocio para sus editores.

MEMORIA que el ministro de Estado en el departamento de la Guerra (don Francisco Echáurren Huidobro) presenta al Congreso Nacional de 1870.—1 vol. in 4.^o de 187 pájs. i planos.—Imprenta *Nacional*.—Santiago.

DON CHECCO ópera bufa en 3 actos por A. Spadetta.—1 vol. in 8.^o en 31 pájs.—Imprenta de la *Libertad*.—Santiago.

EL PAPA i el Concilio por Junius.—1 vol. in 8.^o de 341 pájs.—Imprenta de *La Patria*.—Valparaíso.

LOS REVOLUCIONARIOS de la Independencia de Chile por José Domingo Cortés.—1 vol. in 4.^o de 58 pájs.—Imprenta de *La Repùblica*.—Santiago.

Se han obsequiado por sus autores a la Biblioteca las siguientes obras:

EL IMPERIO del Brasil ante la democracia americana por J. B. Alberdi.—Imprenta de *Rochette*.—París.

ESPLORACION del río Madera en la parte comprendida entre San Antonio i Mamoré por F. i J. Keller.—1 vol. in 4.^o de 72 pájs.—Imprenta de la *Unión Americana*.—La Paz.

RESÚMEN de la historia del Ecuador des-

de su orígen hasta 1845.—Tomas 1.^o i 2.^o.—Lima.

Entre las producciones de fuera que han llegado a nuestras librerías se hace notar la preciosa novela titulada *Maria*, obra del joven granadino don Jorje Isaacs, de cuyas galanas poesías tienen noticia nuestros lectores por el excelente artículo bibliográfico que publicó en las columnas de esta revista nuestro colaborador don Enrique del Solar.

MARIA no es una producción adocenada, de esas que lanzan diariamente las prensas de Francia i que con tanta avidez devora la generalidad de los lectores. Hai en ella bellezas de primer orden, situaciones patéticas que conmueven i un candor de estilo que recuerda las hermosas páginas del autor de *Las Confidencias* i de *Rafael*. Isaacs, aunque mui joven, ocupa un puesto distinguido entre los literatos de Bogotá, a los que debe inequívocas manifestaciones de cariño i estimación. Sabemos que prepara otra novela que bajo el título de *Camilo* aparecerá mui pronto.

La edición de *Maria* es esmerada i lleva al frente un retrato del autor. Está a venta en las librerías de *El Mercurio* i creemos que las familias se apresurarán a adquirirla, pues su moralidad e interés la hacen mui a propósito para ser un libro que se lea con gusto en el seno del hogar.

EN PRENSA: Parnaso chileno i Parnaso peruano ambos colecciónados por don José Domingo Cortés.

A continuación comenzamos a publicar la novelita de nuestro inteligente amigo i constante colaborador don Máximo R. Lira, que obtuvo la primera mención honrosa en el certamen de 15 de junio pasado.

A ORILLAS DEL BIÓ-BIÓ.

(ESCENAS DE LA VIDA ARAUCANA.)

I.

Los araucanos se hallaban en paz con los españoles.

Despues de muchos años de cruda guerra, despues de innumerables combates en que por una parte i otra se habia luchado con heroismo sin igual, las hostilidades habian terminado por medio de un *parlamento*, especie de tratado que los jefes de los españoles i los jefes de los araucanos habian ajustado con poquisima buena fé.

Esto, sinembargo, no obstaba para que los indios, manifestando la mayor confianza, acudiesen en tropel a los fuertes i ciudades españolas, atraidos unos por la curiosidad, por el interes otros, algunos, especialmente los jefes, por el deseo de disfrutar durante la paz de las comodidades de la vida civilizada.

Esto sucedia en el mes de octubre de 16.... en la ciudad de Concepcion.

Los huéspedes mas notables que la ciudad tenia entonces eran los caciques Maulican i Quilalebo, que se atraian la atencion jeneral no solo por la fama de su nombre sino tambien por su gallarda apostura.

Efectivamente; los araucanos no eran por aquel tiempo la raza dejenerada i envejecida que conocemos hoy. Eran un pueblo joven, exuberante de vida, inteligente, bravo, dotado de muchas nobles cualidades i de muchos jenerosos instintos.

Quilalebo i Maulican eran dignos representantes de este pueblo.

Tenia Maulican treinta i cinco años. Sus formas eran atléticas, su rostro atezado con facciones rijidas i expresivas; su frente, sobre todo, ancha i despejada, revelaba notable inteligencia, con esa altivez i nobleza peculiares de los hijos de las selvas i de los desiertos.

Ni era tampoco de extrañarse la majestad de su continente, pues Maulican era el jefe de las tribus indijinas i uno de los caciques mas poderosos de la Araucania.

Su *regue* (1) estaba situado un poco mas al sur del Imperial i abarcaba una considerable extension de territorio.

Quilalebo era un poco mas joven; tendria treinta i un años. Sus facciones eran mas regulares i las lineas de su rostro mas suaves que las del rostro de su companero. Habia, ademas, en su fisionomia algo de triste que inspiraba simpatia, lo que le hacia parecer mas hermoso de lo que era en realidad.

Apesar de su juventud, la opinion de

Quilalebo era de mucho peso en los consejos de los indios. Todos reconocian en aquel joven melancólico una prudencia de anciano, una energia indomable i un valor que rayaba en temeridad. Por esto i por ser el representante de una larga familia de caciques, que disponia talvez de las mejores fuerzas de la Araucania, era tan respetado entre sus compañeros. Despues de Maulican era él quien hacia las veces de jefe.

Generalmente, los indios, por lo mismo que estiman en mucho su reputacion, ven con envidia la gloria de los demas. Por eso sus tribus se encuentran frecuentemente comprometidas en guerras intestinas, que no reconocen otra causa que la ambicion de un cacique, o los celos que le han inspirado el poder de algun rival.

Sinembargo, Maulican i Quilalebo formaban excepcion a la regla. Difiase que parecian hermanos por el cariño que se profesaban i la union que entre ellos habia reinado siempre.

Si era sincero este afecto, o solo una exigencia de su situacion que los obligaba a respetarse mutuamente, nos lo dirá el curso de esta narracion. Lo que sabemos i debemos decir es que juntos habian llegado a Concepcion, que se habian hospedado juntos en una casa i juntos salian a sus visitas i paseos por las calles de la ciudad.

Hemos dicho ya que ambos se repartian la atencion jeneral porque eran gallardos entre sus gallardos compañeros.

II.

Los jefes de los araucanos eran perfectamente acojidos en el seno de la buena sociedad española.

Agreguemos que se conducian en ella con la delicadeza i urbanidad de los mas cumplidos caballeros.

Los nobles indios manifestaban, por lo demas, una inclinacion visible a las bellas españolas, probando asi que aun en los pechos salvajes caben los sentimientos tiernos i los afectos delicados.

Existia en la ciudad un viejo capitán a quien sus heridas habian dejado invalido. Era viudo i padre de una linda i graciosa joven de 20 años.

El viejo soldado, que gozaba de una pequeña pension que se le pagaba en nombre del rey por sus pasados servicios, se habia dedicado al comercio con el objeto de crear

(1) Dominio del cacique.

una fortuna aunque modesta a su hija, a quien amaba con delirio.

Maria,—que asi se llamaba la hija del capitán,—era una graciosa criolla, un tanta morena i un mucho sonrosada, de rostro ligeramente ovalado, de grandes i expresivos ojos negros, con un talle como el que los poetas prestan a sus ninñas, cabello negro, sedosa i abundante, piececito breve i unas manos pequeñitas.

La casa del capitán retirado era una de las que con mas frecuencia visitaban los caciques, especialmente Maulican i Quilalebo. Nuestros lectores adivinarán por qué.

Don Juan,—era éste el nombre del padre de Maria,—recibía a los indios i los trataba con particular amabilidad. Era que, valiente él mismo, sabía apreciar mejor que cualquiera el valor de los indios, la energía de aquellos hombres que, en la lucha de su independencia, se habían granjeado la estimación de cuantos son capaces de admirar las nobles cualidades del alma.

Don Juan, en sus innumerables campañas, había muerto muchos indios i éstos, por su parte, le habían hecho las heridas que le tenían inválido. Sin embargo, no por eso simpatizaba méno con sus antiguos enemigos.

Creemos haber indicado ya que no era por gozar de la compañía del capitán por lo que los caciques Maulican i Quilalebo frecuentaban su casa. Era que el fuego de los negros ojos de Maria les había quemado el corazón. Mas, como las heridas de amor son dulces de recibir, los caciques continuaban visitándola i cada vez los enloquecía mas la graciosa criolla.

—¿Se había apercibido don Juan del cariño de los indios por su hija? Parece que no, porque si los creía valientes i audaces, tal vez no estaba dispuesto a concederles corazón ni se le ocurrió que pudieran enamorarse.

Maria, sin embargo,—mujer al cabo,—había tenido en esta parte mas penetración que su padre.

Ella sabía muy bien que no era indiferente a los caciques; mas, de lo que no se daba cuenta cabal, era de lo que sentía por su parte.

Ella deseaba la venida de los caciques,—los dos iban siempre juntos,—i se entristecía cuando olvidaban su visita.

Ella, cuando llegaba la hora en que so-

lian presentarse, ya estaba vestida i adornada con cierta coquetería.

Ella, en fin, había observado que los indios eran hermosos,—cosa que nuestras lectoras no querrán creer ni bajo la garantía de nuestra palabra,—i había notado ademas, que Quilalebo era el mas hermoso de los dos.

Si esto es indicio de algo, nuestros lectores lo adivinarán. Maria, por su parte, nada había sospechado.

Por lo que toca a los caciques, ninguno se había atrevido a hacer a la joven una declaración de amor. Conocían muy bien cual era su posición entre los españoles, i sabían que hubieran caído en ridículo, ellos, indios, seres que eran tenidos por de una especie inferior a las jentes civilizadas, enamorando a una española.

Cierto es que se les recibía muy bien en todas partes, pero era quizás como objeto de curiosidad. Ellos procedían, ni mas ni menos, lo mismo que las jentes civilizadas; pero ¿cómo hacer consentir a éstos en que aquellos indios tenían corazón, podían sentir i amar?

Hé ahí la razón porque, en sus frecuentes conversaciones con Maria, se limitaban a dirigirle algunas galanterías cortesas, bastante finas i delicadas para salir de labios de aquellos pobres salvajes.

Por su parte, Maulican i Quilalebo, apartar de su intimidad, nunca se habían hecho la menor confidencia respecto de su amor a Maria. ¿Era acaso por el temor de que los celos hicieran estallar entre ellos una fuerte enemistad?

—¡Qué hermosa es la hija del huinca! solía decir Maulican.

—Sí, muy hermosa! suspiraba Quilalebo; lo es mas que las mismas flores de nuestros valles.

—En realidad que las mujeres de los huincas aventajan a las nuestras en belleza.

—I en gracia, sobre todo.

I ambos suspiraban i se callaban.

Llegada la noche, se dirigían a casa del capitán i, al salir de ella, se repetían que la hija del huinca era muy hermosa, por cuanto cada vez descubrían nuevas gracias en ella.

Mas, cuando llegaba al colmo el entusiasmo de los indios por la criolla, era cuando la oían cantar, al son de su vihuela que tanía de un modo admirable, gracio-

sas tonadas con un *salero* tal que se lo hubieran envidiado las mismas hijas de la Andalucía.

En resumen; porque María tenía unos lindos ojos, porque reía con una gracia encantadora, porque cantaba con una voz de ángel, por todo eso i algo mas, los dos caciques se habían enamorado locamente de ella, siendo su pasión tanto mas fuerte cuanto que se veían forzados a ahogarla en el fondo de sus arranques.

III.

Maulican estaba celoso de Quilalebo porque había notado cierta preferencia de María para con él, en las mayores atenciones que con él gastaba.

Había adivinado tal vez lo que la misma joven no había sospechado aun, que estaba enamorada del simpático cacique.

No se necesitaba tanto para que Maulican, herido en su orgullo i en sus afectos, profesase a Quilalebo un odio a muerte. ¿No era Quilalebo quien hacia sombra a su omnipotencia de toqui i se interponía ahora entre él i la mujer que amaba?

El araucano, sin embargo, nada dejó sospechar de lo que pasaba en su interior, pero comenzó a madurar un plan cuyo resultado fuera darle la posesión de María.

Habría pasado un mes, cuando los caciques residentes en Concepción recibieron orden de Maulican para trasladarse a su casa a una hora dada.

Casi inútil es decir que ninguno faltó a su cita i que, a la hora fijada, todos se habían en casa de Maulican.

Sentados estaban los caciques al rededor de una pequeña sala completamente desmantizada. Quilalebo era el primero de la extrema derecha; seguíanle los demás por orden de dignidad.

En el centro de la sala había un *malgue* lleno de chicha de frutilla, de la cual bebían los indios a intervalos no muy cortos, porque no había reunión posible entre los araucanos sin la bebida que, según ellos, los anima i les da fuerzas, comunicándoles al mismo tiempo el espíritu de prudencia.

A la hora fijada entró Maulican i tomó asiento en el lugar que le estaba designado. Llevaba en sus manos la insignia jefe de todas las tribus, que era una especie de hacha de piedra llamada *toque*, de donde tomaban su nombre los caciques que eran elegidos para mandar a sus compañeros.

Cuando se hubo sentado, los indios volvieron a su posición inmóvil i guardaron por algunos instantes el silencio más absoluto.

De repente, Maulican se puso de pie i, avanzando hacia el centro del círculo que formaban los indios, con el toque en la mano, paseó sobre ellos una mirada segura con cierta especie de majestad.

—¡Bien! exclamó después; no dudaba que todos acudirían a mi cita. I habeis hecho bien, hermanos i compañeros, porque os he convocado para tratar de asuntos importantes.

Los caciques permanecieron inmóviles sin manifestar la menor curiosidad.

—Hace ya cerca de un año, continuó el toqui, que estamos en paz con los huincas i vivimos con ellos en estas grandes prisiones que llaman ciudades. Mis hermanos estarían creyendo tal vez que por mi parte había renunciado para siempre a la guerra....

—¡Sí! dijo una voz interrumpiendo.

—¿Quién se atreve a interrumpirme? preguntó el toqui con voz vibrante.

—Yo, contestó un anciano de mirada centellante i de rostro feroz poniéndose de pie.

—I por qué dudaba de mí mi hermano Pelantaro?

—Porque creía que las bellas españolas habían enervado las fuerzas de mis hermanos hasta el punto de hacerles olvidar su esclavitud i los agravios que tienen que vengar.

Un murmullo se hizo oír entre los indios.

El toqui, después de una pausa continuó:

—Perdonó a tu ancianidad tu interrupción i tus sospechas; de otro modo ya estarías convencido, Pelantaro, de que Maulican no es un cobarde, ni es tampoco un traidor para burlar la confianza que en él han puesto sus hermanos i entregarlos maniatados al español.

Un murmullo de aprobación acojío estas palabras del toqui, que continuó así con voz vibrante:

—Os he invitado a reuniros aquí para tomar vuestro consejo ántes de romper nuevamente las hostilidades. Mis emissarios han recorrido la Araucanía i, a estas horas, debe haber reunido a orillas del Curalaba un ejército numeroso que solo

espera a sus jefes para marchar al combate.... ¡Creeis, hermanos, llegada ya la hora de la lucha?

—¡Si! exclamaron los veinticuatro caciques que había allí reunidos.

—¿Qué han dicho los dioses al santo *matchi*? preguntó Maulican a un indio cuyo rostro estaba pintado de mil colores i que se mantenía de pie con los brazos cruzados i los ojos clavados en el suelo.

—Pillan, contestó el agorero con voz cavernosa, dará la victoria a los valientes i a los que le hagan sacrificios para inclinarlo a su favor.

—¡Bien! continuó Maulican; seguros ya de la protección del cielo, formemos ahora nuestros planes.—Yo os propongo, para dentro de tres noches, cuando todos se hallen entregados al sueño, saquear la ciudad i robarnos cuantas mujeres, caballos i tesoros podamos haber a mano. En esta empresa seremos auxiliados por mil hermanos nuestros que, a las órdenes de Inailican, estarán mañana a orillas del Biobio. ¡Aprobais mi resolución?

—¡Si! exclamaron los indios.

—Pero hemos jurado, dijo Quilalebo alzando su voz, permanecer en paz con los españoles; i, ya que vamos a violar nuestro juramento declarándoles guerra, debiéramos siquiera respetar sus propiedades.

—¡Acaso ellos han respetado nunca sus juramentos? repuso Maulican con impetu.

—¡*Mupichal*! (1) exclamaron los indios.

—¡Acaso, continuó Maulican, no nos han robado mil veces nuestras mujeres, nuestros hijos i nuestros ganados, aun estando en paz con nosotros? ¡No es verdad, hermanos, que debemos emplear contra ellos sus mismas armas?

—¡*Velichal*! (2) gritaron los indios con voz ronca.

Quilalebo no creyó conveniente replicar, porque sabía muy bien que era esponerse a pretender combatir una resolución de los indios, cuando se sienten estimulados por la codicia.

—I ahora, añadio Maulican, separémonos. Procuremos, entretanto, no despertar sospechas, i estad prontos para atacar al oír el primer tiro de arcabuz que se dispare la noche fijada para el saqueo.

(1) Tiene razon.

(2) Es verdad.

Los indios, después de esto, fueron saliendo uno a uno, quedando al fin solos Maulican i Quilalebo, que se pusieron a conversar amistosamente sobre los sucesos que se preparaban.

IV.

Llegó por fin el dia que Maulican había designado para el saqueo. Los españoles no podían ni sospechar el golpe que iban a recibir, porque todas las precauciones habían sido tomadas para no despertar sus recelos.

Los indios residentes en Concepcion en nada habían cambiado sus hábitos ordinarios. Nada permitía presumir que se preparasen tan graves acontecimientos.

En los campos vecinos reinaba la misma tranquilidad. Hasta la naturaleza había enmudecido porque no soplaban ni la mas leve brisa ni se percibía el mas ligero rumor.

Sin embargo, quien hubiera escuchado atentamente, habría oido un ruido extraño entre los matorrales. Mas, lo que jamás hubiera adivinado es la causa que lo producía.

Porque aquel ruido era formado por un centenar de indios que, tendidos boca abajo, iban arrastrándose como las serpientes entre las yerbas, procurando no interrumpir el silencio que a su alrededor reinaba.

Con tanta habilidad realizaban su maniobra, que el mas vigilante centinela no hubiera podido notar la menor ondulación en las ramas de los pequeños arbustos, i mucho menos sospechar que, allí entre las yerbas había oculto todo un ejército de araucanos.

I era un ejército en realidad.

El grupo de indios, cuya singular escusión hemos presenciado, era uno de los muchos en que el cacique Inailican había dividido la partida que debía asaltar esa noche la ciudad, según las instrucciones que le había comunicado el toqui. Por distintas partes avanzaban hacia el mismo punto i del mismo modo otros grupos mas o menos numerosos, según las seguridades que ofrecía el terreno para verificar aquella extraña i misteriosa marcha.

Como lo hemos dicho, en la ciudad reinaba la tranquilidad mas absoluta. Los indios iban i venían como de costumbre por las calles i por las plazas.

Msulican era talvez el único que había permanecido en su casa, i esto porque debia estar en un lugar fijo donde pudieran hallarle sus emissarios i los jefes a quienes tenia que comunicar órdenes.

Estaban dando las oraciones cuando entró un indio que, inclinándose respetuosamente en su presencia, pronunció estas solas palabras:

—El cacique Inailican con su gente se encuentra a una legua de la ciudad i espera vuestras órdenes.

—Dile que espere donde se halle hasta bien entrada la noche, i que entonces avance hasta la ciudad. Lo demás él ya lo sabe.

Inclinóse nuevamente i salió.

A la misma, mas o ménos, Quilalebo se dirijía solo, con su costumbre, a la casa del capitán español.

Iba preocupado, cabizbajo i con paso lento, él a quien la jóven debía odiar al día siguiente como a un traidor i enemigo implacable de los suyos.

Este pensamiento le oprimía el corazón.

Antes de llegar a la puerta, un indio lo detuvo.

—¿Qué quieres? le preguntó Quilalebo.

—Sois el cacique Quilalebo? dijo el otro.

—Ya lo veis.

—¿Vereis pronto al toqui?

—Sí.

—Entonces, hacedme el favor de decirlo que la ilcha (1) ha salido de la casa.

—¿Qué ilcha?

—La que el toqui me ha mandado espia.

—¿De qué casa?

—De aquella, contestó el indio señalando con el dedo la casa de don Juan.

Quilalebo se estremeció.

—¿Maulican, preguntó despues, te ha ordenado que espies la casa del español inválido.

—Sí.

—No te ha dicho con qué objeto?

—Nó, pero lo presumo, porque me ha ordenado le espere aquí hasta la hora del saqueo, diciéndome que vendrá a reunir-senos.

—A reunir-senos, decis! entonces ¡no estás solo!

—Nó, me acompañan cuatro mocetones.

—I que objeto presumis que tiene el toqui al haceros espia la casa del capitán?

—Puede ser que me equivoque, pero como esta noche habrá gresca, i la hija del huinca es hermosa....

—I qué?

—Presumo que el toqui querrá hacerla su prisionera.

—Ah!....

El cacique guardó silencio por un instante; temía que el temblor de su voz revelase al indio su emoción.

—¿I dices que la ilcha ha salido? pregunta despues.

—Sí, i eso es lo que quisiera supiese el toqui, porque ignoro si habrá previsto esto.

—Bien está; voi a avisárselo.

I Quilalebo se alejó con paso rápido. Quien le hubiera visto ponerse densamente pálido, casi livido al saber la noticia que acababa de comunicársele, habría comprendido que las pasiones del indio se libraban un violento combate en el interior de su pecho.

MÁXIMO R. LIRA.

(Continuará.)

POESIAS.

EL MISTERIO.

(Para *La Estrella de Chile*).

Cansado en las orjas de báquicos placeres,
Turbados sus sentidos al humo del licor,
Esclavizado su alma por miserables seres,
Blasfemo al impio osado maldice del Señor.
¡Misterios decantados! imbéciles quimeras
De tiempos que pasaron, de infancia i ne-

(cedad,

Fanáticas creencias de turbas agoreras,
Mentidas ilusiones, que ofuscan la verdad!
Destellos, los humanos, del Dios de las al-

(uras,

Sus almas inmortales son chispas de aquel
(ser;

No son viles ludibrios de Dios sus criatu-
(ras,

I es sueño lo que el hombre no alcanza a
(comprender.

¡Acaso es semejante su espíritu divino.

Al árbol que derrumba furioso el vendaval
I mezclase al vil polvo del fuerte torbellino
I se hunde sin conciencia, sin vida en el

(raudal

(1) Niña.

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, setiembre 4 de 1870.

Núm. 153.

SUMARIO.

La novela i sus escollos, conclusion.—Una página íntima.—El seminario de San Pedro.—A orillas del Bío-Bío, continuación.—Poesías.

LA NOVELA I SUS ESCOLLOS.

(Conclusion.)

VII.

EL FALSO AMERICANISMO LITERARIO.

Las constantes recomendaciones hechas a los escritores por nuestros críticos i la natural inclinación de aquéllos hacia todo lo que pueda dar a sus trabajos un carácter local i un sello de originalidad, han hecho nacer i puesto en voga un cierto género de novelas i leyendas que mas que americano podríamos denominar indígena-disparatado.

Como en los primeros años de nuestra independencia el odio a los españoles llevó a muchos de los que contra ellos habían combatido hasta calumnias supropia estirpe i sangre, buscando a sus progenitores entre las selvas de la Araucanía i denominándose con orgullo descendientes de Caupolicán, de Colocolo i de Lautaro; así también el miedo de parecer imitadores i el anhelo de americanizar induce a muchos principiantes a buscar entre los salvajes el tema de sus novelas o de sus composiciones poéticas.

Los que así proceden incurren casi siempre en dos errores: uno que podríamos llamar de concepto i otro que podríamos llamar de ejecución.

El error de concepto estriba en suponer que los representantes del americanismo, son los primitivos pobladores del continente i que el medio mas eficaz de americanizar la literatura es barbarizarla.

Es indudable que la historia de la América indígena no es un campo vedado para la imaginación del novelista i acaso andando el tiempo algún privilegiado ingenio reciba de Dios la varilla mágica que sería necesaria para remover la espesa capa de olvido que los siglos han formado sobre la primitiva civilización americana i sacar de debajo de esa capa, como los escavadores de Herculano i Pompeya, tesoros perdidos i todo un museo de ricas obras de arte.

Pero de que la América indígena no sea un campo vedado para poetas i novelistas, jamás podrá deducirse que sea el campo único en que les sea dable encontrar e color local i la originalidad.

Si la literatura de un pueblo para ser original necesita ser la fiel expresión de sus costumbres i sus creencias ¡cómo no se advierte que no es entre las pobres tribus de bárbaros que pueblan todavía algunas comarcas de nuestro continente, como un turbio lago próximo ya a secarse, donde pueden encontrarse tipos del verdadero americano, i donde pueden estudiarse las ideas, las tendencias i los elementos todos de la sociedad en que vivimos, dueña del presente i señora también del porvenir?

Nó, si es posible que haya una literatura americana mientras la América progrese i se ilustre, no es posible que haya otra literatura indígena que la que existía en Méjico i el Perú a la llegada de los españoles.

Cuando se ha dicho, pues, que es preciso americanizar, no se ha dicho, no ha podido decirse que es preciso barbarizar. Lo que ha querido decirse es que si queremos tener una literatura propia, original i verdaderamente americana, debemos abandonar los senderos trillados de la imitación i buscar en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestras preocupaciones, en nuestros esplendores i en nuestras miserias, en nuestros recuerdos i en nuestras esperanzas, el eterno tema de nuestras ficciones novelescas.

Este error que hemos llamado de concepto, es como el origen de todos los que sue-

Rafael Valentín Valdivieso, después de haber estudiado, espidió una pastoral demostrando la necesidad de que se fundase un establecimiento en Talca, que sirviese para formar ilustrados sacerdotes i honrados ciudadanos i implorando la caridad de los fieles para realizar su pensamiento. Cenocedor el ilustre Arzobispo de la situación de los pueblos centrales de la república, que mas de una vez, ha visitado por sí mismo, nadie mejor que él pudo juzgar de la oportunidad, conveniencia i necesidad de una obra de esta naturaleza.

Situada la ciudad de Talca en el centro de una fértil provincia cuya población llega a 100,575 habitantes, i colocada entre las de Curicó i Maule, cuyas respectivas poblaciones llegan a 90,589 habitantes la de la primera i 187,983 la de la segunda, está llamada a ser mas tarde la cabecera de un obispado, i es desde luego el punto céntrico a donde ocurren los jóvenes de las tres provincias a recibir su educación.

Talca, la tercera ciudad de la república por su población, favorecida por su situación, por la fertilidad de su suelo, por su activo comercio que la hace ser también la tercera plaza comercial del país, se encuentra triste, es decirlo, en un estado de decadencia que está muy lejos de corresponder a los grandes elementos de riqueza i prosperidad que se encierran en su seno. El espíritu público parece adormecido, i solo recuerda excitado por las ardientes cuestiones de la política. Donde debía rebosar la vida, se nota una languidez, que parece precursora de la muerte. I no es ésta la realidad. Si aquí el jérmen del progreso no se desarrolla con la rapidez que debiera es porque le falta el impulso. Aparezcan hombres de corazón, hombres patriotas, que den a la política el tiempo que de derecho le corresponde, i que consagren al progreso del pueblo siquiera una parte de ese tiempo, i todo será hecho. El carro de la ilustración i de la prosperidad marchará rápidamente i sin detenerse. La máquina existe; pero falta el motor.

Por esto ha sucedido que el proyecto de un seminario recibido al principio con la sonrisa que inspira la utopía, es hoy un hecho que todos admirán, gracias al celo i abnegación de su digno fundador.

Cuando el señor Arzobispo determinó la fundación del establecimiento nombró una junta compuesta de los respetables vecinos

don José Luis Donoso, don Cayetano Astaburuaga, don Manuel Vargas i don Salustio Vergara. Esta junta presidida por el señor Vicario don Miguel R. Prado se ocupó en aglomerar los elementos que debieran servir para llevar a cabo la empresa. Durante siete años, fueron éstos reuniéndose poco a poco, de manera que solamente hace dos años pudo darse principio a los trabajos que hoy se prosiguen con notable rapidez, i con un buen éxito sorprendente.

MANUEL E. BALLESTEROS.

(Continuará.)

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DE LA VIDA ARAUCANA)

—¿A dónde fué el cacique? No lo sabemos. El hecho es que volvió muy poco rato después.

Al verle acercarse, el indio le salió nuevamente al encuentro.

—¿Ha vuelto? preguntó Quilalebo.

—Nó, contestó el otro.

—Entóncés podeis retiraros; el toqui ya no os necesita aquí.

—¿I qué debemos hacer?

—Lo que gusteis; eprovechaos bien de las circunstancias.

Apénas el indio i sus compañeros se hubieron perdido de vista, el cacique buscó el lugar en que se habían mantenido oculitos, i encontró que era una casa en ruinas, destruida talvez en alguna de las irrupciones anteriores de los araucanos.

Una vez oculto allí, se puso a meditar sobre lo que debía hacer.

Después de la noticia que acababa de saber de un modo tan raro, no le quedó duda de que Maulican estaba enamorado de María i aun de que aquel golpe de mano no tenía otro objeto que robarla i hacerla su prisionera.

—Maria, prisionera de Maulican! se decía Quilalebo, oh! yo no puedo permitirlo... Pero ¿cómo lo impediré?.... El toqui vendrá aquí, María habrá llegado i se la robará, sí, se la robará.....

Quilalebo volvió a quedar pensativo.

—Si yo les avisara, añadió después,.... pero ¿cómo? no sé donde pueden estar.

Hubo una nueva pausa,

—Ahí dijó al fin dándose una palmada en ja frente, —me la robaré yo; será prisionera de Quilalebo en vez de serlo del toqui.

Daban en ese momento las ocho las campanas de una iglesia.

—Aun es tiempo, añadió; apresurémosnos.

I salió con paso ligero de su escondite.

Todavía transitaba gente por las calles, pero ya en muy corto número.

Pocos minutos después entró María seguida de una sirviente a casa de su padre.

A las nueve i cuarto ya estaba Quilalebo nuevamente en su apostadero, acompañado ahora de tres mocetones.

Antes de ocultarse, se acercó a la casa del capitán i estuvo en acecho durante un largo rato.

Pasaron tres cuartos de hora. Apénas transitaba por las calles uno que otro vecino con paso rápido i medroso. La oscuridad era grande porque no era aquella una noche de luna i el alumbrado público no se conocía aun en la buena ciudad de Concepción.

Dieron las diez i media i todo continuó en silencio por algunos minutos más.

Pero, repentinamente, sonó un tiro de arcabuz cuyos ecos tuvieron una prolongación indefinida.

Por de pronto nada más se oyó. Mas, poco después, empezaron a escucharse gritos, luego alharidos, rujidos de rabia, todo mezclado, todo confundido en un solo eco indefinible.

Poco después dejó oír el cañón su voz imponente, i los disparos de arcabucería indicaron que ya el combate se había tratado entre asaltados i asaltadores.

No entra en nuestro plan hacer una descripción detallada de los horrores de aquella noche, de la confusión i del espanto de los españoles al verse atacados tan de improviso, creyendo tener que habérselos con un ejército numeroso de indios. La oscuridad favorecía a éstos, i mientras los españoles se herían mutuamente al encontrarse en las calles sin conocerse, sin distinguirse casi, disparando en dirección de cada bulto que se divisaba, de cada rumor que se sentía, los araucanos entraban a saco las casas en que sabían deber hallar mejores presas.

Los gritos de angustia de las mujeres robadas, las maldiciones de los padres que veían arrebatadas a sus hijas, de los her-

manos que no hallaban a las hermanas, de los maridos que habían perdido a sus esposas, todo aquello subía al cielo como un solo grito immense, lugubre, estridente, algo parecido al rujido rabioso de una jauría de leones.

Quilalebo, a la primera señal, había salido de su escondite con sus mocetones. Llamó en la casa del capitán, i apénas se le abrió, se precipitó dentro en dirección al aposento de María a quien sacó fuera casi antes de que el capitán hubiera podido dar un solo grito de socorro.

Quilalebo i sujete desaparecieron pronto en la oscuridad.

Por de pronto, todo volvió a quedar en calma en aquella calle.

Al fin apareció en un extremo un grupo de gente. Al llegar cerca de la casa del capitán, una voz que ya conocemos por ser la de Maulican, gritó con todas sus fuerzas:

—Colpoche, aquí!

Nadie respondió, ni nadie se movió.

—Aqui, Colpoche! gritó con más fuerza el toqui.

Reinó el mismo silencio.

Diríjeronse entonces apresuradamente a casa del capitán cuya puerta hallaron abierta.

Maulican se precipitó dentro; pero, al penetrar en uno de los aposentos, se encontró con el pobre inválido tendido en el suelo, que fijaba sobre él una mirada de infinita ansiedad, saltándose casi los ojos de sus órbitas.

—Venis a matarme, después de haberme robado a mi hija! exclamaba con voz desesperada; matadme, pues!

—¿Qué te han robado a tu hija? exclamó Maulican.

—Matadme, matadme! seguía gritando el viejo.

—Contesta! gritó Maulican, ¡quienes te han robado a tu hija?

—Vosotros, miserables!.... Matadme, os digo; ¡para qué quiero vivir ya?....

Maulican no alcanzó a oír las últimas palabras, porque ya se había precipitado hacia afuera como un torbellino seguido de sus mocetones.

Dos horas después la batalla había cesado en la ciudad. Muchos indios i muchos españoles habían muerto. Los primeros habían escapado cargados de un gran botín i los

segundos no se habian atrevido a perseguirlos.

V.

Si nuestros lectores quieren acompañarnos, nos trasladaremos al interior de la Araucania.

Un poco mas allá de las pedregosas márgenes del Imperial existe un campamento de indios, casi en el lecho de un estero tributario de aquel caudaloso río.

El paisaje es bellísimo. Allí abundan los árboles verdes i frondosos i el suelo se vé cubierto de un muelle tapiz de verdura. Hacia el oriente, los Andes muestran su frente erguida coronada de eterna nieve, i hacia el sur murmurran una queja melancólica las cristalinas aguas del estero.

Para completar el cuadro, un bellísimo sol de mañana de verano ilumina con sus resplandores aquel espléndido panorama, comunicando nuevo vigor i vida a las flores i a las plantas con su benéfico calor.

Si nos acercamos al estero, veremos que por ese lado hai mucho movimiento. Indios e indias todos marchan a bañarse; muchos se han bañado ya i vuelven gozosos, frescos como un retoño, a sus ranchos; las indias a preparar sus comidas, los indios a formar círculo al rededor de los fuegos para conversar i beber.

Entre los grupos que hai a orillas del estero, llama uno particularmente la atención porque es de mujeres que por sus trajes son indudablemente españolas.

Si nos aproximamos a ellas, reconoceremos a la pobre María la hija del inválido capitán. De las demás, que son cuatro, dos son tan jóvenes como ella i las otras dos ya de alguna edad.

—Qué lindos son estos lugares, decía María; aquí quisiera permanecer.

—I aquí parece que nos quedaremos, señorita, al menos por algún tiempo, dijo una de las mujeres más jóvenes.

—¿Cómo lo sabes, Carmen?

—Porque ayer pude hablar unas cuantas palabras con Millalipe, un indio que sabe algo de español i me dijo que ésta era la reducción de nuestro amo.

—¿I cómo se llama éste?

—No lo sé.

—¿Porque no se lo preguntaste?

—Porque me importaba muy poco saber su nombre.

—Pero a mí me desespera no saber en poder de quien me encuentro.

—Eso lo sabréis muy pronto, porque el cacique debe llegar hoy.

—Deveras?

—Me lo dijo también Millalipe.

—Al fin sabré quien es mi raptor! exclamó María con un largo suspiro, mientras que brotaban gruesas lágrimas de sus ojos.

—Pero, señorita, el cacique dueño de este *región*.....

María se sonrió.

—Os reis, señorita, porque cito nombres indios? es que he oido a Millalipe que así se llama el dominio de un cacique.... El dueño de estas tierras os ha tratado con muchas consideraciones. Os ha hecho arreglar a la española su mejor rancho, i nos ha comprado a nosotros solo con el objeto que os sirvamos.

—Bien está; pero ¡acaso soy por eso menos esclava! ¿puedo esperar volver a ver alguna vez a mi pobre padre i a los míos? dijo María sollozando.

—Quien sabe! señorita; confiemos en Dios i él nos salvará. Hemos visto a tantos que han vuelto después de haber estado cautivos muchos años....

—Dios lo quiera, Carmen!

I las mujeres se dirigieron después de esto con paso lento a su rancho.

Serian las dos de la tarde cuando se notó una extraordinaria animación entre los indios. Hombres i mujeres, todos salían precipitadamente de sus ranchos; los músicos tocando sus tamboriles, algunos cantando i los demás saltando al compás de los instrumentos.

Era que dos emisarios acababan de llegar anunciando la venida del cacique, cuya comitiva se divisaba ya a lo lejos.

Pocos momentos mas tarde llegó acompañado de doce mocetones, i después de los *marimaris* de estilo entre los que llegaban i los que habían salido a su encuentro, el cacique se dirigió a Millalipe i le preguntó en español:

—La prisionera cuya custodia te encargué ¿dónde está?

—En su rancho.

—¿Qué ha hecho desde que llegó aquí?

—Llorar a todas horas.

—¿Cumpliste todos mis encargos?

—Sí.

—Ve a prevenirla de mi visita.

Millalipe se alejó i volvió pronto anunciarle que María lo esperaba.

El cacique se dirigió inmediatamente hacia el rancho de la española.

Cuando se presentó en su puerta, María lanzó un grito, mezcla indefinible de dolor i de gozo que hizo palidecer letalmente al cacique.

—Ah! ¡erais vos! exclamó, i se cubrió el rostro con las manos.

—Sí, yo, señorita, el cacique Quilalebo, que viene a ponerse a vuestras órdenes.

Hubo un momento de silencio interrumpido solo por los ahogados suspiros de María. Al fin, reprimiéndose un tanto, ésta añadió fijando en Quilalebo sus ojos arrasados en lágrimas:

—¡Erais vos!... I yo que os creí sincero cuando os dábais por amigo de mi padre i mio!... ¡Mi pobre padre!... lo habréis muerto tal vez al hacerme prisionera!...

—Vuestro padre vive, señorita....

—¿Qué vive, decis?

—Vive i sabe que vos vivís también.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la joven con toda la efusión de su amor filial.

—Un mensajero mío, añadió Quilalebo, ha hecho llegar a sus manos una carta en que le daba noticias vuestras. El mismo mensajero me ha dicho que el capitán, loco casi al veros perdida, está más tranquilo porque sabe que vivís i espera fundamentalmente volveros a ver.

—Ah! exclamó la joven, desgraciadamente yo no lo espero.

I derramó nuevas i abundantes lágrimas sobre su espesa cabellera con la que se había cubierto el rostro.

Pasado un momento, María se dirigió nuevamente al cacique que permanecía de pie contemplándola, i, con una voz suave i apagada como un suspiro, le preguntó:

—¿Porque tuvisteis la crueldad de separarme de mi padre? ¿para qué me trajisteis a estos lugares donde solo Dios sabe la suerte que me esperá?

—Me estais condenando, señorita, antes de haber oido mis descargos repuso el cacique.

—Bien, ya os escucho.

—¿Quereis que os lo diga todo?

—Todo, sí.

—¿No os disgustará mi franqueza?

—Nó.

—Entónces voi a deciroslo.

I el cacique, haciendo un esfuerzo poderoso, continuó:

—Os vuelvo a suplicar, María, que no

os ofendais por lo que voi a deciros.—Yo, desde el primer momento en que os vi, desde que tuve la dicha o la desgracia de conoceros, os amé con toda mi fuerza, como puede amarse a los bellos espíritus protectores de nuestra existencia.

—No habia amado nunca, porque no había hallado ni creía que existiera en el mundo una mujer que reuniese todas las perfecciones que mi imaginacion prestaba al ideal que yo me había formado.

—Vós, sin embargo, realizabais mi ideal, i por eso os amé como nadie os podrá amar en el mundo.

—Pero, no era yo el único de mi raza que os amaba. Tambien, como yo, os amaba Maulican. El es el toqui i, por apoderarse de vos, dispuso romper las hostilidades con los españoles i saquear vuestra ciudad. Yo felizmente i por casualidad descubri su plan i os robé, porque no habia otro medio de evitar que cayerais en sus manos....

MÁXIMO R. LIRA.

(Continuár.)

POESIAS.

EL VOTO.

I.

Cuando Colon inspirado
Nuevas tierras dió a la España,
Mil i mil aventureros
Abandonaron su patria.

I, ávidos de oro, corrieron
Del nuevo mundo a las playas
I desafilaron la muerte
Impávidos cara a cara

En el mar de las Antillas
La isla de Cuba se alzaba,
Cual ramillete de flores
Que sus perfumes exhala;

Bosques de eterna verdura,
Ríos de linfas de plata
Fascinaban al viajero
Que sus riberas pisaba.

I en arsenal convertida
A aquella rejon preciada,
Sentó de entónces allí
Sus reales la ruda España:

LA ESTRELLA DE CHILE.

AÑO III.

Santiago, setiembre 11 de 1870.

Núm. 154.

SUMARIO.

Los jesuitas i sus detractorés, continuacion.
—El seminario de San Pelayo, conclusion.—A orillas del Bio-Bio, continuacion.—La sinceridad de un materialista.—Poesias.

LOS JESUITAS I SUS DTRACTORES.

XI.

No hemos terminado aun con la relacion de los rejicidios intentados o consumados que achacan a los jesuitas sus poco escrupulosos enemigos. En el folleto que examinamos se les imputan dos mas:

«Luis XV, dice en la página 18, *perecio a manos de Damiens*, nuevo rejicida, natural de Arras, i educado por los jesuitas en una ciudad donde ejercian todo su poder: sus confessores eran jesuitas i designóles la Francia como cómplices en semejante atentado.»

I mas adelante, página 36, añade: «Damiens, sirviente de los jesuitas, intentó asesinar a Luis XV.»

¿En qué quedamos? ¿Damiens asesinó o solo intentó asesinar a Luis XV? ¿El rejicida era sirviente de los jesuitas, o solo había tenido con ellos relaciones de alumno a maestro en tiempos anteriores a su crimen?

Pero hai mas aun. En la páj. 19 se lee lo siguiente:

«En 1758 el rei de Portugal fué asesinado a consecuencia de una conspiracion tramada por los jesuitas; el parlamento proclamó judicialmente contra ellos.»

Ahora bien, este rei de Portugal de quien aquí se habla es José I, que murió en 1777 de muerte natural, habiendo principiado a reinar en 1750.

Nuestros lectores decidirán si la falsedad de la aseveracion que contiene el último

párrafo copiado es fruto de una ignorancia crasa o lo es del propósito de calumniar mintiendo sin rebozo i sin el menor respeto por el público. Nosotros vamos a ocuparnos suscitadamente de estos dos hechos.

En nuestro artículo VII poníamos como nota i con otro objeto distinto las siguientes palabras de Voltaire, dirigidas a sus cofrades por medio de Damiilaville: «Hermanos mios: debéis saber que no he tenido consideraciones con los jesuitas; pero yo sublevaría a su favor la posteridad si los acusase de un crimen de que la Europa i Damiens les han justificado. No sería mas que un vil eco de los jansenistas, si hablara de otra manera.»

Este crimen de que Voltaire, enemigo tan poco escrupuloso de los jesuitas, no quería acusarles, «por no sublevar a su favor la posteridad,» es el asesinato de Luis XV.

Hé ahí, pues, a los jesuitas justificados por su mas implacable enemigo, por el que consagró gran parte de los desvelos de su vida a la destrucción de un Instituto que consideraba como el ante-mural de la Iglesia católica. Hé ahí, tambien, denunciados por él mismo los autores de la calumnia: los jansenistas.

Invención de los jansenistas, de que el mismo Voltaire creía necesario disculpar a la Compañía de Jesús ¿qué queda de esta nueva imputación? ¿Habrá lector imparcial que pueda continuar creyendo en la efectividad de este nuevo crimen que se carga sobre los hombros de los jesuitas?

Creemos que nós. Sinembargo, i a mayor abundamiento, vamos a referir los hechos, con el mismo propósito a que hemos obedecido desde el principio de este trabajo: hacer plena luz sobre la verdad i ahorrar largos trabajos de investigación a los que deseen conocerla.

Roberto Francisco Damiens, natural de Tiemiloy, era conocido desde niño, por sus poco inocentes travesuras, con el nombre de *Roberto el Diablo*. Fué dos veces soldado, i en seguida sirviente en el cole-

VII.

Inconcluso aun el nuevo edificio del Seminario, ha sido menester habilitar la casa de ejercicios de Jesus Nazareno para que allí se recojieran los alumnos durante una buena parte del presente año.

Al efecto, el 1.^o de abril se abrió el establecimiento en el local indicado, i durante los meses posteriores han continuado en él mismo sus estudios hasta que se verificó la traslación a su propio edificio. A pesar del poco tiempo que está funcionando, ya cuenta con treinta i seis alumnos internos; pero hai cuarenta i uno matriculados, que se incorporarán prontamente.

Para que se comprenda cuán necesario era en Talca este nuevo establecimiento de educación, basta observar que apesar de ser ya tan numerosos los alumnos del Seminario, no han disminuido por eso los del liceo. Antes bien, este último establecimiento sigue siempre su progreso paulatino, contando en la actualidad cerca de doscientos internos i esternos.

Es mui natural esperar que la cifra ya crecida de alumnos del Seminario se doblará en el año próximo, porque hai gran número de solicitudes.

Las provincias de Talca i Maule son las que han enviado la mayoría de los estudiantes, i aun ha habido algunos que han venido de la del Ñuble, a pesar de la larga distancia. Este hecho es un feliz augurio para el porvenir. Fácil es prever desde luego que el Seminario de San Pedro será, como el mas central, el que atraiga mayor número de alumnos de todos los de la república, con exclusión del de la capital.

A las ventaja de una educación religiosa i sólida, se unen las comodidades de un grandioso edificio, cuyas buenas condiciones higiénicas están a la vista de todo el mundo. Al efecto, la solemne traslación del colegio, se verificará el domingo 11 del mes próximo, i la fiesta será la digna inauguración de las solemnidades de los días de la patria.

VIII.

Terminamos. Al ocuparnos de describir el nuevo seminario con que se honrará nuestro país, i en especial el pueblo de Talca, hemos querido llamar la atención sobre él con un doble fin. Es el primero

mover los sentimientos religiosos de los buenos católicos para que presten su cooperación a una obra que no podrá ser terminada sino cuenta con su benévolos concurso. El Seminario de Talca era una imperiosa necesidad; pero también parecía ser únicamente una ilusoria esperanza. Hoy vemos esa esperanza realizada, gracias a la jenerosidad, a la energía i hasta al patriotismo del señor Prado, cura de Talca, i de las bondadosas personas que le han asistido.

Lo que falta es lo menos: lo que se ha avanzado es lo mas. En esta circunstancia, nadie querría que quedase inclusa la obra, i es lícito esperar la cooperación general.

El segundo fin que nos hemos propuesto es manifestar que el Seminario de Talca no puede ser sino el preludio de otro mas importante i grandioso proyecto: la creación del nuevo obispado de Talca.

No es ahora lugar ni tiempo oportuno para manifestar cuán necesario es realizar esta idea, que desde mui atrás vienen acarriando las personas religiosas de esta ciudad. Mas tarde talvez con los datos necesarios manifestaremos que si en Valparaíso se cree indispensable la creación de un obispado, en Talca esta necesidad es mil veces mas premiosa, i su satisfacción produciría los mas benéficos frutos para la religión i para la patria.

Con la erección del Seminario, está ya dado el primer paso. Abrigamos la convicción de que no pasarán muchos años sin que la obra reciba su coronamiento.

Talca, agosto 28 de 1870.

MANUEL E. BALLESTEROS.

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DE LA VIDA ARAUCANA)

—Ah! mil gracias! exclamó María involuntariamente.

—¿Me das las gracias? repuso vivamente el caciique.... ¿Es decir que me perdonas? ¡es decir que....?

—Que os agradezco con toda mi alma lo que habeis hecho por mí i que veo que nada tengo que perdonaros....

—María!

—Al contrario, yo debo pediros perdón por mis injustas sospechas.

—Ah! cuán dichoso me haceis! exclamó el cacique comprimiendo con una mano los latidos de su corazón.

—¡Cuán caro me cuesta vuestra felicidad! replicó la joven sonriendo.

—No me lo repitais, señorita. Cuando vine aquí, no tenía otro objeto que deciros que seréis servida del mejor modo posible. Mientras llega la hora en que me sea permitido poneros en libertad, seréis mi prisionera a los ojos de los demás, en realidad yo seré vuestro esclavo. Así nada debeis temer: estais bajo mi protección.

—Gracias, mil gracias! contestó la joven. No me equivocaba cuando os creía noble i jeneroso.... Ahora, hacedme el favor de dejarme sola un momento.

El cacique salió, después de haber besado respetuosamente una mano que le tendía la española, ebrio de júbilo, de amor i de esperanza.

Pasaron muchos días. El cacique veía con frecuencia a su prisionera.

En una ocasión María le preguntó:

—¿Es cierto que hai un sacerdote español prisionero entre vosotros?

—Sí, contestó Quilalebo; Llancareu se apoderó de un *patero* que andaba misionando cuando se rompieron las hostilidades.

—Yo desearía verlo, si fuese posible.

—Lo vereis.

—¿Pronto?

—Sí, i aun procuraré que permanezca a vuestro lado.

—Ah! cuánto os debo i cuánto tengo que agradecer!

VI.

Maulican no ignoraba que la hermosa criolla por cuya posesión había emprendido una desastrosa campaña le había sido arrebatada por su rival.

Si esto le tenía ofendido, lo que sobre todo había herido su orgullo i lo que había jurado no perdonar jamás a Quilalebo, era el que lo hubiese engañado i burlado haciendo fracasar por medio de un ardid su proyecto de rapto.

Había, pues, jurado vengarse.

Sin embargo, ambos caciques continuaban tratándose con la misma antigua cordialidad ocultando en el fondo de sus corazones sus mútuos resentimientos.

Pretender apoderarse de María por medio de la fuerza fué un proyecto que vino muchas veces a la mente de Maulican, pero que fué siempre desecharlo como quimérico.

En efecto, María estaba perfectamente defendida por los valientes guerreros del *utammapo* de su rival. Ademas, María era su prisionera i sin declararle guerra no hubiera podido pretender arrebatarla. El prisionero es entre los indios propiedad sagrada del poseedor.

Por lo demás,—sigamoslo en honor del toqui,—rechazaba este proyecto por otra razón. Declarar la guerra a Quilalebo, cuando estaba comprometido en una contienda con los españoles, hubiera sido comprometer su éxito porque habría dividido las fuerzas de los indios i dado a sus enemigos una victoria fácil. Esto no lo hubiera hecho jamás el patriota jefe de los araucanos.

Sin embargo, no cesaba de poner en práctica otros medios que le dieran por resultado el deshacerse de su odioso rival. Encargábase siempre las comisiones más peligrosas, pero en todas ellas salía airoso el valiente Quilalebo, de suerte que Maulican lo que ensayaba haciendo era aumentar el prestigio del cacique. Esto, naturalmente, acrecentaba el odio del celoso toqui hasta el punto de que lo hizo meditar un proyecto verdaderamente infame.

Pero, no precipitemos la relación de los hechos.

Quilalebo había cumplido su palabra a María; había llevado el sacerdote español que existía prisionero entre ellos.

Era éste un santo religioso franciscano que andaba misionando entre los indios cuando principió la campaña.

Llancareu, el cacique en cuya reducción se hallaba en esa época, lo había hecho su primero. Quilalebo le había dado por el cien ovejas, dos caballos ensillados i un arcabuz de los que había arrebatado a los españoles.

Fácil es de presumir a qué trasportes de gozo se entregarian los pobres prisioneros cuando se encontraron reunidos, como se referirian sus respectivas penalidades i como se confortarian con sus mútuas esperanzas.

Maria se había empeñado por tener cerca de ella un sacerdote, porque comprendía perfectamente lo peligroso de su situación. Despues de haber arreglado con el

ministro de Dios los asuntos de su conciencia, ya pudo quedar mas tranquila.

—Padre, le dijo un dia, Quilalebo es un indio noble, jeneroso, poseedor de un bellísimo corazon; ¡no seria posible convertirlo?

—Para Dios no hai imposible, contestó el religioso.

—Pero haremos algo por él, ¡no es verdad?

—He principiado a hacerlo ya.

—I....?

—Manifiesta realmente excelentes disposiciones para recibir i comprender la verdad.

—¡De suerte que esperais convertirlo?

—Lo espero fundadamente.

—Oh! gracias, Dios mio! esclamó la joven con una entonación de júbilo comprimido.

Aquella esclamación probó al religioso que María amaba a Quilalebo con todas las fuerzas de su alma. Talvez deseaba verlo cristiano para confesarle su amor.

El cacique, por lo demás, había sabido granjearse el cariño de la española tratándola con la mas esquisita delicadeza, adviniendo sus menores deseos para satisfacerlos en cuanto le era dado.

El indio, por otra parte, formaba una rara excepción de la regla jeneral. No se emborrachaba jamas, ni se entregaba tampoco a los torpes desórdenes que eran habituales entre sus compañeros. Es verdad tambien que había recibido educación española.

Maria procuraba, en cuanto le era permitido, perfeccionar aquella jenerosa naturaleza i lo trataba con el cariñoso afecto que pudiera profesarse una hermana.

Ni una palabra de amor había vuelto a salir de los labios del cacique despues de su primera conversación con la criolla.

Habian transcurrido ya cinco meses desde el dia del golpe de mano dado sobre Concepcion. Quilalebo había sido enviado a una empresa peligrosísima por el toqui Maulican.

Antes de separarse de su reducción el cacique había ido con el corazon oprimido a despedirse de María. Esta le había dicho adios derramando abundantes lágrimas i había colgado en su cuello una pequeña cruz de oro que ella llevaba sobre el suyo.

Quilalebo, apesar de todas estas demostraciones de afecto, partió desalentado. Le aquejaba un triste presentimiento.

Sin embargo, el noble araucano nosabía, porque María no quiso avisarle, que durante su ausencia habían venido hasta ella emisarios de Maulican trayéndole palabras de amor del poderoso toqui, que le prometía hacerla reina de aquel pueblo bárbaro si consentía en ser su esposa.

La joven había rechazado siempre estos proyectos con desprecio sino con indignación.

Esta vez, fué el mismo Maulican quien, aprovechándose de la ausencia de Quilalebo, vino a renovar su oferta a la hermosa española.

Maria lo rechazó indignada.

—Sé que os debo, le dijo con ademán altivo, todas las desgracias que han caido sobre mi; esto bastaba para que os aborciera si un secreto instinto no me hubiera hecho odiaros desde os vi. Para que no insistáis mas en molestarme con vuestras impertinencias, i salgais en el acto de aqui, os declararé que amo a Quilalebo.

—¿Que amais a Quilalebo, decis? replicó el indio con la mirada centelleante i el rostro contraido por la expresión de un odio salvaje; i me lo decis a mi!.... Desprecia a Maulican por Quilalebo; pues bien! Maulican os probará cual de los dos vale mas. Me vengaré de vos i de él!

I el toqui salió del rancho de la joven llevando un infierno en el alma i dejando a la española aterrada i sumergida en amargo llanto.

En vano el buen religioso, su mejor amigo i su confidente, procuró consolarla. Ella sabía que Maulican era un indio feroz i que nunca dejaba de cumplir sus promesas.

VII.

Los araucanos estaban de desgracias. Las tropas españolas los derrotaban en todas partes.

Maulican abrigaba el propósito de hacer un llamamiento a todas las tribus con el objeto de precipitar un ejército formidable contra los invasores i agobiárlas con la fuerza del número.

Pero, ántes de hacerlo, quiso reunir en *lepum* o consejo de guerra a todos los caciques subalternos que militaban bajo sus órdenes.

Reuniéronse éstos el dia fijado en el rancho del toqui.

Este les hizo una relacion de todos los sucesos de la campaña, manifestándoles que en su concepto creia llegado el caso de dar un golpe atrevido que pudiera resarcirles de todas sus pérdidas anteriores.

—No podemos consentir, añadió el toqui, que la herencia de nuestros mayores se pierda en nuestras manos. Por mi parte, prefiriría morir mil veces antes que cargar con semejante humillacion i con las maldiciones de mis hijos.

—Moriremos! gritaron a una todos los caciques.

—Solo en el último caso, replicó Maulican, porque ántes es preciso combatir con la firme resolucion de vencer.

—Venceremos! volvieron a gritar los jefes.

—Yo tambien lo espero, añadió el toqui; pero para vencer es preciso que reunamos un numeroso ejército; levantar no solo la Araucania, sino tambien las tribus del otro lado de la cordillera.

—Les enviaremos emisarios, dijo el cacique Paylumacho.

—Tú te encargarás de serlo, añadió el toqui.

El cacique se inclinó.

—Porqué no ha venido Quilalebo? pregunta otro de los asistentes.

—No ha vuelto aun de una expedicion que yo le encomendé, contestó el toqui.

—Hubiera sido muy conveniente oír su parecer, añadió el primero; siempre da consejos prudentes.

—¡El qué podría ocurrirse a mi hermano Quilalebo, respondió el toqui con voz áspera, que no se ocurría a la asamblea de los valientes jefes de mi nación?

Nadie contestó i reinó por algunos momentos un silencio profundo.

El matchi, que hasta entónces se había mantenido medio oculto en un rincón del rancho, avanzó con paso lento hasta el centro del circulo que formaban los caciques.

—¿Qué tiene que decirnos el santo matchi? preguntó Maulican; ¿tiene algo que comunicarnos en nombre de los divinos espíritus?

—Sí, contestó el matchi, sin levantar los ojos del suelo i manteniéndose con los brazos cruzados.

—Que hable entónces, que nosotros oiremos i obedeceremos.

Entónces el matchi hizo traer el carnero que se acostumbra inmolar en los sacrificios, i unas cuantas ramas de laurel. Atado el carnero i plantadas las ramas en el suelo, el hechicero encendió una pipa de tabaco de la cual aspiraba bocanadas de humo para sahumar con ellas las ramas de laurel.

Hecho esto, tomó un cuchillo, abrió con él el carnero i le arrancó el corazon que clavó en el acto con una ramita de canelo, sahumándolo con el mismo humo de la pipa i chupándole la sangre que de él manaba.

En seguida sahumó todo el aposento, dió tres vueltas a su alrededor, se inclinó a encender una pasta que produjo un humo espeso que lo envolvió completamente, despues de lo cual cayó al suelo i continuó en él dando saltos como atacado de epilepsia i arrojando espuma por la boca.

Los indios lo dejaban hacer con un supersticioso respeto.

De repente la voz del matchi se elevó lugubre, cavernosa i comenzó a decir:

—Pillan está irritado con sus hijos.... Serán vencidos i aniquilados sino le ofrecen sacrificios.... El rostro del grande espíritu revela un justo enojo.... Exige el sacrificio de dos huincas.... una joven hermosa i pura i un varón.... Dos victimas.... dos victimas humanas exige Pillan.... para dar la victim a sus hijos....

Calló el matchi, dió todavía algunos saltos i despues se sosegó poco a poco hasta que quedó en la mas completa inmovilidad.

Los caciques, entre tanto, conferenciaban en voz baja.

Cuando el hechicero abrió los ojos i se levantó, el toqui le dijo:

—Los deseos de Pillan serán satisfechos; se le inmolarán las victimas que exige. El santo matchi se encargará de escogerlas.

Los caciques comenzaron a retirarse. El último que salió fué Maulican que, al llegar a la puerta, alargó al matchi una pequeña bolsa con dinero diciéndole:

—La otra mitad cuando completes la obra.

VIII.

Quilalebo no había vuelto aun a su regue i María lo esperaba con ansiedad.

Una mañana en que apesar de ser invierno volvia de tomar su baño,—costumbre que había adquirido durante su residencia entre los indios que se bañan en las mañanas de todos los días del año,—oyó ruido en la especie de población formada por los ranchos.

Luego vió que los indios salían bailando i tocando como cuando marchaban al encuentro de su cacique.

Maria apresuró el paso porque creyó que era Quilalebo el que llegaba de su expedición.

Se había engañado. Los indios hacían aquellas demostraciones de júbilo al matchi que acababa de llegar, lo que era considerado por ellos como una felicidad que raras veces se les concedía.

El matchi avanzaba con paso grave entre la multitud, llevando los brazos cruzados sobre su pecho. Cuando divisió a María que se acercaba no pudo menos que dirigirle una mirada profunda.

Se lo hospedó en el rancho del cacique aunque el declaró que no era necesario pues solo pensaba permanecer hasta medio día en aquel lugar. Dio órdenes, si, para que todos se reuniesen a las puertas de su habitación, indios i prisioneros.

Cuando comunicaron esta orden a María quiso resistirse, pero el padre Saa,—que así se llamaba el religioso franciscano,—le dijo.

—Será en vano que te resistas, hija mia; porque te llevarian por fuerza.

—Pero jno estoy yo aquí bajo la protección de Quilalebo?

—Aunque fuera el mismo toqui el que te protejía. Cuando el matchi habla, todos, principiando por los jefes, se apresuran a obedecerle, porque de otro modo creerían incurrir en las iras de su dios.

—Vamos, pues, padre, dijo María resignada.

—Vamos, hija mia, i quiera Dios que de la venida de este charlatan no nos resalten graves males.

Cuando llegaron al rancho del cacique ya estaban los indios todos agrupados a sus puertas.

Poco después apareció el hechicero i la multitud guardó silencio.

—El poderoso i valiente toqui, Maulican, dijo, me ha enviado a vosotros para anunciaros que se prepara una gran expedición contra los huincas. Aprontad, pues, vues-

tras armas, porque ha de llegar muy pronto el día de la pelea.

Hizo aquí una pausa i continuó después con voz sorda:

—Además Pillan ha ordenado que se le sacrifiquen dos víctimas humanas para mantenerlo propicio, indicándome que le serían muy agradables una *ilcha* hermosa i pura i un *patero*. El mismo me ha revelado que aquí los debía encontrar i vengo a llevarlos.

Aunque María no comprendía bien el idioma en que hablaba el matchi, entendió lo bastante para saber que se trataba de un sacrificio humano i que se venía a buscar las víctimas.

Estaba, pues, casi sin aliento cuando el hechicero acercándose a ella i poniendo las manos sobre su cabeza i sobre la del religioso en cuyo brazo se apoyaba, dijo:

—Estas dos son las víctimas que exige Pillan i ya le pertenecen. Desgraciado del que se atreva a tocarlas!

Los indios dieron un salto hacia atrás para alejarse de María i del sacerdote español, mientras aquella caía inerte al suelo apes de que este murmuraba a su oído:

—Valor, hija mia, i espera en Dios!

Cuando María volvió en si gritó, lloró, se desesperó, dijo que era la esposa de Quilalebo i que no podía sacrificársela; pero todo fué en vano.

Los indios la compadecían porque la joven se había hecho amar de ellos por su amabilidad; mas ¿quién se hubiera atrevido a incurrir en la cólera de Pillan?

La fuerza de su desesperación i la idea de su próxima muerte abatieron por fin a María hasta el punto de que ya no se la vió llorar ni desesperarse. Ni aun opuso resistencia cuando los compañeros del matchi se apoderaron de ella para llevarla al lugar en que residía el toqui, que era donde debía verificarse la inmolación.

El religioso caminaba a su lado con la vista clavada en el suelo. Por el movimiento de sus labios se comprendía que iba dirigiendo al cielo fervientes oraciones.

Llegados al regüe del toqui, después de muchos días de camino, porque Maulican había establecido su residencia a orillas del mar a poca distancia de Concepción, seguro como estaba de no ser atacado por ser invierno, se alojó a las dos futuras víctimas en un mismo rancho, del cual se constituyó guardián el mismo matchi.

—Pobre hija mia! decia el buen padre a la jóven, tendrás suficiente valor para resistir a la prueba?

—Sí, padre, contestaba Maria llorando; al menos espero tenerlo.

I la jóven entraba en un delirio penoso durante el cual pronunciaba muchas veces el nombre de Quilalebo.

Un dia, cuando solo faltaban dos para el sacrificio, despertó mas serena, hizo llamar al padre i le dijo con voz segura:

—Padre mio, os he llamado para pediros un servicio; jme lo hareis?

—Si de mi depende ¿puedes dudarlo?

—Pues bien, padre, procurad salvaros; vos sois hombre, teneis fuerzas i podreis escapar.

—Imposible, hija mia, estamos severamente vijilados; i aunque no lo estuviéramos, siempre lo seria porque me darian alcance ántes de llegar al Bio-Bio.

—Probad, padre; de todos modos sereis sacrificado.

—¿I cómo podria tener valor para abandonarte, hija mia? Nò, quedaré aquí para sostenerete en el difícil trance.

—Dios me ha dado suficientes fuerzas, i creo que tendré mas valor si muero con la idea de que os habeis salvado.

—Pero ya te he dicho que esa es una quimera.

—Por tierra si, pero no por mar.

—¿Cómo?

—¿No está cerca el mar?

—Sí.

—Probad a huir por ahí. Los indios no tendrían dificultad para dejaros en libertad por ese lado i tendriais tiempo para poneros en salvo.

—Ilusión, hija mia!

—Probad, padre; si conseguis escaparos, como yo lo espero, con la ayuda de Dios, quizas podriais salvármame, induciendo a los españoles a que hiciesen un supremo esfuerzo para arrancarme del poder de estos bárbaros.

El buen religioso vaciló.

—Lo probaré, dijo despues de un rato de meditación, i salió.

Volvió muy pocos momentos despues. En su rostro revelaba un desaliento profundo.

—¿Os han negado el permiso? preguntó Maria al verlo.

—Nò, me lo han concedido.

—¿Cómo pareceis triste, entonces? repuso la jóven con júbilo.

—Porque veo que voi a acometer una empresa loca.

—Dios os ayudará, padre, i os dará fuerzas para salir de todos los peligros.

—No son los peligros que yo voi a correr los que me arredran, repuso el sacerdote, son aquéllos a que quedas expuesta tú. ¿Quién será el protector de tu inocencia i de tu virtud en medio de estos bárbaros que nada respetan? ¿Quién te infundirá aliento i valor cuando te conduzcan al sacrificio?

—Dios, padre, Dios! interrumpió la jóven con voz firme. ¿Temeis que él me abandone?

—Nò, ciertamente.

—Entonces, marchad, padre; quien sabe si esta idea ha sido inspiración suya para que nos salvemos ambos.

—Iré, hija mia, iré.

I el buen anciano, derramando gruesas lágrimas, echó sus brazos al cuello de María.

Despues, ambos se arrodillaron i dirigieron al cielo una plegaria ferviente que no pasaba por los labios porque partía directamente del corazón.

Paráronse despues, fortalecidos un tanto con aquella breve oración.

—Adios, hija mia! dijo el anciano. Ten valor i confianza en Dios i recibe mi bendición.

La jóven se arrodilló nuevamente.

El sacerdote dirigió entonces al cielo una mirada sublime de fe i de esperanza, i bendijo a aquella pobre niña cuyo destino había sido tan triste en el mundo i que iba a terminar su vida en medio de un atroz sacrificio.

—Señor, dijo, dadle fuerzas, protejed su inocencia, no la abandonéis a su debilidad. Que sea vuestra bendición la que recibía cuando le dio la mia!

El anciano sollozaba: María derramaba sus lágrimas en silencio.

—Adios, padre! dijo levantándose; Dios os guiará, adios!....

I se separaron despues de haberse abrazado nuevamente.

IX.

Dirigióse el padre hacia el mar i al llegar a su orilla encontró arrojada en la playa una balsa pequeña i por lo mismo

incapaz de resistir las furias del mar. Mas, como la última esperanza es tan difícil de perder, el religioso se aferró a ella como el naufrago al pedazo de madera que puede mantenerlo a flote por muy cortos instantes.

Oró una vez mas i con ánimo resuelto echó la balsilla al agua, se colocó sobre ella i dándole impulso con unos palos de que se había provisto para remar, se dejó llevar por la corriente (1).

Reinando, luchando porfiadamente con las olas, haciendo esfuerzos increíbles por dar dirección a aquellas maderas que apeninos lo mantenían a flote, pudo llegar después de algunas horas a la isla de Santa María.

El viento le había sido favorable; sin embargo al tocar la tierra se sentía estenuado, desfallecido i sin tener nada con que reparar sus agotadas fuerzas.

Sin embargo, el primer paso estaba dado i era preciso continuar.

Echóse al mar nuevamente i llegó hasta la desembocadura del Bio-Bio. Un esfuerzo mas i estaba en tierra.

Hizolo el misionero; pero en el acto mismo i como invocado por un jenio maléfico, levantóse un recio norte que lo impulsó nuevamente aguas adentro i lo arrojó a Chivilingo. Era una suerte que las olas no hubiesen arrebatado la balsa i llevándola mar adentro a sumergirse en las profundidades del abismo.

Volvío nuevamente a la empresa con el mismo ánimo, i por innumerables veces durante siete días de esfuerzos sobrehumanos i de un trabajo que asombra, las olas i los vientos se complacían en prolongar la agonía del misionero llevándolo de la boca del Bio-Bio a Chivilingo, i de Chivilingo a la boca del Bio-Bio.

En el último viaje, cuando ya había perdido todas sus fuerzas, una ola lo sacó de la balsa. El pobre naufrago hizo un esfuerzo desesperado, i cuando ya llegó a creer que todo había concluido, sus pies entumecidos tocaron la tierra.

Esta vez había llegado a la playa, pero desnudo, hambriento i casi sin fuerzas para dar un paso.

Allí mismo tendido en el suelo arrancó con increíble trabajo algunas yerbas que comió con apetito devorador.

(1) Este hecho, es histórico i en todas sus partes verdadero.

Echóse en seguida a andar. Siete días duró su peregrinación por aquellas rejonnes, hasta que al fin llegó con los pies desollados, agonizante casi, a orillas del Bio-Bio, frente a frente de Chepe que se divisaba en la otra orilla.

Dió entonces gritos de socorro, que parece que fueron oídos del otro lado.

«No pudieron pasar por mi aquella tarde, dice el mismo héroe de este interesante episodio en una carta que escribió a otro religioso, refiriéndole estos hechos; encuéntrame dos indios que se iban de nuestra tierra huidos a los enemigos i quisieron llevarme otra vez al cautiverio, pero a fuerza de ruegos i de súplicas me dejaron libre. I como estaba desnudo i tan desmayado me traspasó el frío i me pasmó de suerte que allí me quedé sin sentido i así me hallaron en la mañana i me llevaron al fuerte de Chepe, donde pasé dos días sin volver en mí.»

El misionero se había salvado. Entretanto ¿qué había sido de María?

Esta fué la pregunta que el padre Saá se hizo al volver en sí, quedando convencido de que ya la pobre joven habría sido inmolada.

Los españoles, pues, nada intentaron por salvarla, ciertos casi de que iban a empeñarse en una empresa inútil.

(Concluirá.)

MÁXIMO R. LIBA.

LA SINCERIDAD DE UN MATERIALISTA.

Mi condiscípulo Daniel era en mis buenos tiempos de estudiante un buen muchacho apesar de su jenio inquieto i de sus avanzadas ideas en religión.

Ciertamente que estas cualidades, muy apreciadas, sobre todo, en los primeros años, le habrían granjeado un gran prestigio entre nosotros, si hubiera logrado ser tan hábil estudiante como empecinado i eterno disputador. Daniel, sin embargo, no pasó de una medianía, lo que contribuyó sin duda a no conquistarse muchos prosélitos en su propaganda.

Primero le faltaban a Daniel sus libros de estudios que no un volumen de Voltaire u otros libres pensadores. Frecuente-

LA ESTRELLA DE CHILE.

N. 155.

18 DE SETIEMBRE DE 1810.

"VIVA CHILE!"

AL SOL DE SETIEMBRE.

Símbolo de patrióticas, de grandes alegrías
En nuestro cielo vemos brillando una vez mas
El sol de los recuerdos de nuestros grandes días,
El sol de los recuerdos de una gloriosa edad.

Tú viste ¡oh sol! cuán ruda fué la primer jornada,
Cuando la patria el yugo de la opresión rompió,
Cuando esta tierra virgen a torrentes regada
Con sangre jenerosa de mártires se vió.

Despues de aquellos días de sin igual fatiga,
Despues de aquella luchatan dura i tan tenaz,
La Providencia a Chile tendió su mano amiga
I entramos por la senda del orden i la paz.

Progreso i paz! son esos nuestras conquistas nuevas,
Son esas las victorias que ansiamos obtener,
Oh sol! cuando el esfuerzo de las primeras pruebas
Vienes a recordarnos espléndido otra vez.

MÁXIMO R. LIRA.

SUMARIO.

Una explicacion.—Poesias.—A orillas del Bio-Bio, conclusion.—Libertad de enseñanza superior.—Charada.

UNA ESPLICACION.

Contra lo que algunos de nuestros lectores hubieran deseado talvez, nos hemos mantenido en una actitud de estricta neutralidad en presencia de la gran cuestión que tanto ha ajitado a los católicos del Viejo Mundo.

Esa fué la resolución que tomamos desde el primer momento i en que vino a afirmarnos mas la conducta en un todo igual a la nuestra observada por nuestro colega de *El Independiente*. Como éste lo ha hecho ya en su número del 14 del presente, vamos tambien nosotros a dar nuestras explicaciones.

Tenemos sobre el papel que los laicos deben hacer en la Iglesia católica una idea muy diferente de la que parece predominar entre nuestro correligionarios de Europa.

Creemos que la facultad de enseñar i discutir las doctrinas católicas pertenece exclusivamente a la Iglesia docente; que a los simples fieles cumple escuchar i creer cuando haya hablado aquella. Muy buenas razones e intenciones mejores todavía atribuimos a los católicos europeos que han tomado una parte tan activa en la ruidosa discusión del dogma de la infalibilidad pontificia; pero juzgamos reprobable o por lo menos lamentable el que tanto los defensores como los impugnadores del dogma hayan llegado por el camino de la violencia i la exjeración hasta crear como dos bandos en el seno de la comunión católica.

Por nuestra parte, hemos creido siempre en el magisterio infalible i la supremacía concedida a San Pedro i sus sucesores en el pontificado por N. S. Jesucristo; pero, no habiendo recaído sobre este punto una definición dogmática, hemos creido que mientras ésta no se hiciera, debía respetarse la opinión contraria de algunos Padres del Concilio. Por eso nos hemos abstenido de colocarnos en son de combate ni en las filas de los sostenedores del dogma ni en las de sus impugnadores.

La Iglesia ha hablado, por fin. Ante su fallo infalible, dictado por el mismo Espíritu Santo todo católico debe inclinar la frente.

La discusión debe ceder su lugar a la más humilde i sincera sumisión. No habrá ya esa causa de discordia i división entre los católicos; todos, lo esperamos i lo pedimos a Dios de todo corazón, rendirán a la verdad divina el homenaje del sacrificio de sus propias opiniones.

Los EE.

POESIAS.

EL DIEZIOCHO DE SETIEMBRE.

ODA.

I.

Dieziocho de setiembre, hermosa fiesta
De Chile, alegre día
Que nos viste lanzar el grave yugo
De antigua tiranía

Cánticos te celebren de victoria
Que blanda el aura lleve
Desde la verde playa hasta las cumbres
Coronadas de nieve.

Desde el desierto en que animal ni planta
Viven i solo suena
La voz del viento, que silbando empuja
Vastas olas de arena,

Hasta donde la espuma austral tachonan

EL POETA.

Oh! niño i cuánto mas que tú apetezco
La paz de mi alma, triste, desolada....
Niño, yo hasta de lágrimas carezco.
Canté cual la cigarra en la alborada....
Tan solo el cisne al borde de la fosa....
Pero hablemos amigo de otra cosa....

Agosto de 1862.

ZOROBABEL RODRIGUEZ.

A ORILLAS DEL BIO-BIO

(ESCENA DE LA VIDA ARAUCANA)

X.

Volvamos al campo de los araucanos.

Llegada la noche i viendo que el misionero no volvia de su paseo a orillas del mar, fueron algunos indios en su busca. Estos volvieron pronto diciendo que por ninguna parte se le hallaba.

Enviáronse nuevos esploradores en todas direcciones, los que recorrieron los campos inútilmente porque el *patero* no pudo ser encontrado.

Convencidos los indios de que el español no habia podido fugarse, creyeron que se habia echado al mar para escapar así el suplicio que se le esperaba.

Pero, de todos modos, era éste un contratiempo porque ya Pillan habia declarado que necesitaba el sacrificio de un *patero* i era preciso contentarlo para asegurarse su benevolencia.

Se aplazó, pues, el sacrificio, enviándose emisarios que fueran a traer otro misionero que se decia tenia en su poder un cacique de Valdivia.

Maria, entretanto, habia dado fervientes gracias a Dios por haber permitido que su compañero pudiese salvarse.

Pero el socorro esperado no llegaba i el misionero no podia haber olvidado sus promesas. Tampoco parecia Quilalebo a quien se decia no habia permitido volver una enfermedad que lo habia tenido a las puertas de la muerte.

El hecho es que pasó un mes hasta que llegaron los emisarios que habian ido a Valdivia, i que volvieron trayendo solo el cadáver de un pobre sacerdote anciano, cautivo hacia muchos años; i que no habia podido resistir a las fatigas del viaje.

El matchi declaró que Pillan quedaria satisfecho si se quemaba el cuerpo del *patero*.

Hiciéronse, pues, los preparativos del sacrificio. Eleváronse dos inmensos montones de leña donde debian ser quemadas las victimas que exigia el apetito del dios.

Maria, resignada hacia mucho tiempo con su suerte, supo sin notable emocion que al dia siguiente debia ser quemada viva. Pasó, si, toda la noche orando arrodillada al pie de una cruz de palos que ella misma habia formado.

Llegó el dia del sacrificio. Los indios estaban agrupados en inmensa multitud al rededor de las hogueras. Algunas indias bailaban, otras tocaban sus tamboriles i el matchi hacia las ceremonias del caso.

Dos mocetones condujeron cada uno de un brazo a Maria al lugar de la inmolacion. Iba tan serena que parecia haber perdido la conciencia de lo que pasaba en torno suyo.

Antes de subir a la hoguera, Maulican se acercó a la joven i le prometió salvarla si consentia en ser su esposa.

Maria no respondió. Quizas no habia oido las palabras del toqui.

Perfumada la victimia con el humo de las pipas, se la colocó sobre el monto de leña, siendo imposible lograr que se mantuviese en pie.

Los tamboriles de las indias sonaron con mayor fuerza, los bailes recomenzaron con un furor loco, el matchi dió sus tres vueltas al rededor de la hoguera.

Acercábase ya a prenderle fuego, cuando se precipitó entre el grupo de indios, con la velocidad de la avalancha desprendida de la cumbre de las cordilleras, un jinete que hizo rebotar su caballo al pie mismo de la hoguera.

Era aquel el cacique Quilalebo.

Ver a Maria, dar un grito feroz como el rugido de una pantera, lanzarse sobre el matchi, que ya habia prendido fuego a la leña, estrangularlo en ménos de un segundo, i caer de golpe al suelo como herido por un rayo, todo fué uno.

En el acto los indios se precipitaron huyendo en todas direcciones con discordantes alaridos. Huian de la cólera de Pillan que asi castigaba con una muerte súbita al audaz que habia puesto una mano sacrilega sobre el matchi.

I los indios huian porque pensaban que

la cólera del dios iba a caer tambien sobre ellos por no haberlo defendido.

La hoguera seguia ardiendo i María hubiera sido consumida por las llamas, porque habia perdido el sentido, si un indio no la hubiera escalado precipitadamente i se hubiera lanzado de un salto al suelo llevando en sus brazos a la joven desmayada.

Aquel indio era el cacique Maulican que echó a correr con su preciosa carga desapareciendo poco despues.

Quilalebo era, pues, el único que habia permanecido en el lugar del sacrificio.

Pasaron dos, cuatro, seis horas i el indio no volvia en si. ¿Habia muerto?

No, porque al fin principió a moverse, incorporándose despues de un largo rato.

Su primera accion fué llevarse las dos manos a la frente.

—Se me salta! exclamó.... Pero ¿dónde esto?

Hizo un poderoso esfuerzo para ponerse de pie i lo consiguió al fin.

—Dónde esto?.... Cenizas!.... ah!

I el indio volvió a lanzar otro grito de desesperacion infinita.

—Muerta! muerta!.... quemada! exclamaba corriendo como loco por el campo con una velocidad inverosimil.

I asi siguió por entre los zarzales desgarrándose los piés i el cuerpo todo con las espinas, en las cuales quedaban colgados los jirones de su vestido.

—Quemada!.... quemada! volvia a esclamar i seguia corriendo con nueva velocidad, sin direccion fija, dando saltos prodigiosos cada vez que encontraba una zanja o un peñasco que le interceptasen el paso.

¿Cuántas horas corrió asi el desgraciado Quilalebo? No lo sabemos.

Por fin, el cansancio, el frio de la noche le hicieron recobrar un tanto el juicio, i entonces notó que le seguian.

—¿Quién me sigue? gritó deteniéndose repentinamente.

Oyése un ruido entre las yerbas, luego un relincho prolongado, i se vió aparecer en fin un caballo negro como la noche que se detuvo al alcanzar a Quilalebo.

—Ah! eras tú, mi fiel amigo, exclamó el cacique acariciando al brío animal que piafaba de contento;.... bien! tu me llevarás al lugar donde deba morir!

I se precipitó de un salto sobre el caballo, i recomenzó asi una carrera loca,

vertiginosa, fantastica a traves de los campos.

Llegó al Bio-bio i lo pasó a nado.

I despues siguió en su carrera hasta que el jeneroso bruto dió un relincho doleroso, vaciló i cayó.

Habia muerto.

—¿Conque es aquí donde debo morir? exclamó Quilalebo. Bien, sea!

I lanzó al cielo una mirada de reto insensato i de espantosa blasfemia.

En ese instante, sintió que llegaba a sus oídos un sonido claro, argentino, vibrante.

Quilalebo se detuvo i miró hacia el lugar de donde partía el sonido.

Divisó una luz.

Parecióle que aquella luz i aquel sonido llamaban con una voz parecida a la de una secreta esperanza.

—Vamos allá! se dijo, i empezó a andar.

Anduvo media hora.

Mientras mas se acercaba al lugar de donde salia el sonido i donde brillaba la luz, el bullo informe que habia divisado primero iba tomando formas definidas.

Poco despues oyó que del interior de aquel edificio iluminado partía el eco de muchas voces, dulces, tranquilas, apacibles, que le llegaban hasta el alma.

Avanzó mas i entró en un templo.

Embriagado por el canto de los religiosos que entonaban sus maitines, deslumbrado por las luces que brillaban en el tabernáculo, calló de rodillas i luego tendido en el suelo desmayado.

XI.

El lugar adonde había llegado Quilalebo era un convento que existia en aquel tiempo, distante de Concepcion una legua i media i habitado por religiosos franciscanos.

Los buenos frailes prodigaron al indio toda clase de auxilios, logrando, despues de infinitos esfuerzos, hacerlo volver en si.

El primer rostro que el cacique vió a su lado fué el venerable, padre Saa que lo había reconocido desde el primer momento.

Cuando el indio estuvo suficientemente restablecido, se refirieron mutuamente los sucesos que habian pasado sobre ellos, lloraron juntos la muerte de María i el cacique recibió el bautismo de manos del anciano sacerdote,

Quilalebo hizo mas aun. Como quería permanecer asilado en aquel convento durante el resto de sus días, vistió el hábito que llevaban los padres, únicamente por devoción.

Sin embargo, cada mes pedía permiso i permanecía ausente durante ocho días por lo menos del convento.

¿Qué hacia durante ese tiempo el ex-cacique? Nadie lo sabía, aunque si se había averiguado que no los pasaba en la ciudad.

Habían transcurrido dos años. Los indios estaban diezmados por una guerra intestina que había principiado desde la desaparición de Quilalebo, porque los parientes de éste acusaban a Maulican de haberlo asesinado, celoso de su prestijio.

Entretanto, en el campo aquél en que tuvieron lugar el sacrificio que hemos referido hace poco, aparecía cada mes en el día aniversario de la inmolación, una sombra que se arrodillaba en el lugar mismo en que se elevó la hoguera que consumió el cuerpo del anciano misionero i que debió consumir también el de María.

Los indios creían que aquella sombra era el espectro del matchi que venía a la tierra a pedir venganza, i no pasaban jamás por aquel lugar porque lo creían maldito.

Al caer de una tarde del mes de octubre, justamente la del día de la aparición del fantasma, llegó cerca de aquel lugar un indio que se emboscó entre los árboles i permaneció allí inmóvil durante más de dos horas.

Principiaba a alumbrar la luna cuando el indio oyó un ligero ruido que le hizo levantar la cabeza.

Miró, i a la luz de la luna vió que llegaba una especie de espectro que vestía hábito franciscano, que se detenía en un lugar dado, se arrodillaba i, lanzando un profundo suspiro, exclamaba:

—María! aquí me tienes otra vez; vengo a hacerte mi acostumbrada visita.

Probablemente era esto lo que esperaba el indio oculto entre los matorrales, porque se levantó murmurando estas palabras:

—Ya lo había adivinado!

Avanzó después en silencio hasta que llegó a ponerse detrás del fantasma que decía:

—Pobre María! cuando te volveré a ver!

Estendió entonces el indio una mano i la colocó sobre el hombro del fantasma.

Este dio un salto como movido por un poderoso resorte i, volviéndose hacia su misterioso interlocutor, exclamó con voz robusta:

—¿Quién eres tú, que así vienes a perturbar las oraciones que se hacen por los muertos?

—Mirame bien i me conocerás, dijo el otro con voz dulce.

—Maulican! exclamó el fantasma dando un nuevo salto hacia atrás.

—Sí, Maulican, que viene a ver a su amigo Quilalebo.

—Mi amigo, tú!....Ah! di más bien que vienes a gozarte en la agonía de tu víctima....Quemaste a María; dime ahora ¡quéquieres de mí?

—Oyeme Quilalebo, i oyeme en calma.

—Ah! temo que no voi a ser bastante dueño de mi mismo i que voi a estrangularme aquí lo mismo que estrangulé al otro.

—I bien ¿por qué no lo haces? exclamó Maulican avanzando un paso con los brazos cruzados.

—Te oigo, dijo Quilalebo, pero se breve.

Hubo un segundo de silencio.

—Seré tan breve, que en dos palabras voi a decirte cuánto necesito de ti. Tu debes saber que tus parientes, creyéndote asesinado por mí, me han movido una guerra desastrosa que está diezmado nuestras fuerzas en provecho de nuestro eterno enemigo. Lo que quiero de ti es que te presentes ante ella para hacer cesar la causa de estos funestos desmanes.

—Imposible! murmuró Quilalebo.

—Imposible! ¿Por qué?

—Por qué he dejado de vivir para el mundo.

—Pero no puedes, añadió Maulican, haber dejado de tener corazón para que veas indiferente la destrucción de tu patria la ruina de tus hermanos.

Quilalebo vaciló.

—Te lo exijo en nombre de ellos, dijo Maulican con acero enérgico; ¡te negarás aun?

—Nó, contestó Quilalebo; te sigo.

—Pues bien, sube a caballo i sigueme.

En breve Quilalebo tuvo una entrevista con sus parientes, los que naturalmente debieron convencerse de que no había sido muerto pues aun vivía.

Arreglado este asunto, Quilalebo trató

de volver a su convento, i Maulican quiso acompañarlo hasta la márgen del Bio-Bio. Había ordenado que su comitiva le siguiese a alguna distancia.

Cuando llegaron a las márgenes del río, Maulican detuvo a su compañero i le dijo con voz temblorosa por su emoción.

—Acabas de hacer un sacrificio que prueba la jennerosidad de tu corazón i una acción noble que no puede quedar sin premio.... María no ha muerto.

—Que no ha muerto, dices! exclamó Quilalebo con angustia.... i quien la salvó de la hoguera?

—Yo que la amaba, yo que te aborrecía por que ella te amaba a ti, yo que me reconocí después indigno del amor de una mujer como María, yo que te la devuelvo ahora pidiéndote perdón por todo el mal que te he causado.

Quilalebo se echó al cuello de Maulican, éste lo estrechó llorando entre sus brazos i se alejó rápidamente.

Cuando Quilalebo se volvió para ver por dónde había partido Maulican, solo se encontró con dos mocetones que conducían a María.

XII.

Hai escenas indescriptibles i una de ellas es la que pasó entre María i Quilalebo cuando se encontraron después de haber llorado su eterna separación.

Nosotros renunciamos gustosos a pintarla porque nos creemos incapaces de hacerlo.

Diremos solo, para concluir, que la unión de María con el ex-cajique fué bendecida por el padre Saai que el capitán inválido no murió sin haber visto un nieto.

Los dos esposos edificaron una casita a una cuadra del convento i allí vivieron.

Maulican el valiente toqué en quien se mezclaban tantos feroz instintos con tantas nobles cualidades, recibió un día un mensaje concebido en estos términos:

«Cuando Maulican se canse de su vida aventurera, cuando se sienta sin ambición, hastiado del mundo, agobiado de pesares, venga a la casita que se eleva al pie del convento de franciscanos que existe a orillas del Bio-Bio, i allí encontrará dos manos.»

Firmaban Quilalebo i María.

MÁXIMO R. LIRA.

LIBERTAD DE ENSEÑANZA SUPERIOR.

(TRADUCCIÓN.)

I.

Para abreviar lo que quería decir sobre la actual organización de la enseñanza, nada mejor, que trascibir el resumen que ha hecho de ella M. Jourdain en su informe sobre el progreso de la instrucción pública.

«En la cúspide de la jerarquía está colocado el ministro. Al lado del ministro están dos consejos, el consejo imperial de instrucción pública i el consejo superior de perfeccionamiento de la instrucción secundaria especial.

«El consejo imperial puede ser llamado a dar su informe sobre toda clase de cuestiones. Es necesariamente consultado sobre los reglamentos de estudios i sobre la creación de las facultades, liceos i colegios. Se pronuncia en última instancia, como tribunal, en los asuntos que conciernen al ejercicio del derecho de enseñar.

«Veinte inspectores generales, ocho para la enseñanza superior, ocho para la enseñanza secundaria, cuatro para la enseñanza primaria, tienen la misión de visitar las escuelas del imperio.

«Las diez i siete academias entre las cuales se divide el actual territorio de Francia son administradas por otros tantos rectores, asistidos por inspectores de academia i inspectores de las escuelas primarias.

«Al lado de cada rector hai un consejo académico, cuya especial atribución es velar por la conservación de los buenos métodos i de la disciplina en los colegios comunales, en los liceos i en los establecimientos de instrucción superior de su jurisdicción.

«La enseñanza primaria, en lo tocante a su parte administrativa, está bajo la autoridad de los prefectos.

«En cada departamento un consejo, que preside el prefecto, dà sus informes sobre las cuestiones relativas a las escuelas primarias i se pronuncia en primera instancia sobre los asuntos disciplinarios o conflictivos que conciernen a los establecimientos libres i a la práctica del derecho de enseñar.»

En cuanto a la libertad de enseñanza, que existe para la instrucción primaria, ne-